

CARTA A JUAN CARLOS

Hola amigo:

Hoy me levanté temprano, hace un poco de frío y la bruma espesa cubre casi todo el lugar. Casi no hay visibilidad. Estoy en la Isla Palacio o lo que queda de ella, aquel sitio que me hiciste conocer a través de tus vivencias y que renegabas tanto por verlo inundando, que casi ni querías venir. Me hablaste del barrero y lo describiste con tal precisión, que es como si yo mismo hubiese estado allí. El arroyo Palacio, su salto, la transparencia de sus aguas tan límpidas, las piedras brillantes y pulidas que casi no se veían en ningún otro sitio del arroyo Urugua-í, como en ese lugar. Todo allí era diferente. Por ello peleaste hasta el final, para tratar de que el mundo comprendiera el valor natural de ese sitio, descubierto y explorado por alguien a quién admirabas, Andrés Gaspar Gai, que a través de las páginas de “Vida de un Naturalista en Misiones” entusiasmó a quién lo leyera, pues pintó el paisaje en cuerpo y alma, dibujando a su paso las criaturas salvajes que vivían en esa región remota, del norte de Misiones. Te largaste en canoa por el Urugua-í con varios amigos, allá por febrero de 1980 emulando a Gai, pudiste como él, ver las bandas de lobos gargantillas aún en su estado más puro y comprobar que ese arroyo tenía una magia especial, por lo recóndito y poco explorado, comprobaste que el pato pico serrucho se zambullía aún en el arroyo cerca del barrero y ello motivó que en 1985, en vísperas de comenzar a gestarse la represa que inundaría todo, a realizar otra expedición, esta vez con otros amigos, pero ya no fue igual, el ruido de las motosierras había terminado con la magia del lugar, el golpe que producían al caer los gigantes vencidos tan fácilmente, era como una puñalada en tu corazón. Retumbaba en esa selva herida de muerte, el grito de los motosierristas que emulando a los hacheros de principios del siglo 20, exclamaban de tanto en tanto. Evidentemente ya no era igual y la nostalgia por aquel paraje donde parecía que toda la biodiversidad de misiones se hubiera concentrado allí, ahora enmudecía en un silencio sepulcral, donde ya no se escuchaba la música inigualable de cientos de aves que callaron, frente a ese

silencio de muerte y destrucción paulatina. También te iba matando a vos por dentro, el silencio de esa selva muda, que solo la corredera del arroyo se mostraba inquieta como siempre todavía. Pero a esta altura ya era diferente, las piedras que en el 80 brillaban, ahora estaban más opacas. Tus patos, desde hacía tiempo los obrajeros no veían y comenzaban a producirse claros y a diferencia de aquella expedición, los árboles habían perdido el contacto entre ellos y ya no se acariciaban, solo la isla mantenía aún una cobertura natural jamás ultrajada, aunque sería por poco tiempo... El avance de los pinos ellioti, ya se preanuncian a lo lejos. La selva cedía rápidamente, ya que el ataque era directo, mortal y en cada vuelta del arroyo, los claros se multiplicaban y cada vez más, era difícil observar alguna corzuela o un tapir, que en el anterior viaje se mostraron reiteradamente. Sin duda era todo tan distinto y en solo pocos años, el paisaje del último arroyo salvaje de aguas corrientosas, bravías, desbordantes por las crecidas de las lluvias copiosas de Misiones, fue domado en su tramo final, aquel que deslumbró a Gaii que escribió “Todos los arroyos del norte de Misiones deberían estar comprendidos dentro de una gran reserva intangible”, también don José María Gallardo, Jorge Crespo y el Ing. Jorge Dimitri intentaron proteger la Isla Palacio, su famoso barrero y todo el lugar. Vos mismo fuiste el último que levantó su voz en un esfuerzo desesperado, tratando junto a Don Alberto Roth, revertir la idea de la creación de una represa. “Tanto lío por un pato!!!!!!” fue la exclamación de un funcionario de aquella época y mientras los relevamientos se sucedían la suerte del arroyo estaba sellada. Gran parte del tramo final del arroyo Urugua-í y la Isla Palacio serían inundadas por un espejo de agua de 9.000 hectáreas. El lugar era de una belleza incalculable, aunque más su biodiversidad. El arroyo Urugua-í, que caprichosamente abrazaba la isla hasta encontrarse con el Arroyo Palacio, corría con agilidad entre las piedras, alternado por innumerables remansos de agua tan cristalina, Su barrero tan famoso, era visitado regularmente por antas, venados, chanchos de monte, pacas y otros mamíferos, que buscaban la sal tan necesaria para su existencia en aquel barro amarillo. Durante el día, la yacutinga y distintas aves lo frecuentaban y de tanto en tanto, el yaguareté podía sorprender a algún animal desprevenido. Eso sí, después de esa acción, el barrero por un tiempo era abandonado, hasta que desapareciera todo vestigio, de la lucha por la vida, que allí se consumó. El adiós a la selva, a sus

bichos a su encanto y a la magia que rodea el lugar, se perdería pasa siempre y con ellos toda una magnífica biodiversidad aún intacta. El agua fue dominando todo el paisaje y aquella exuberante isla de 1600 hectáreas, se convirtió en un pequeño islote de 160 has. Todo desapareció en las profundidades permanentes y el bullicio de la selva, se ahogó junto al barrero. Los grandes troncos de aquellos gigantes que orgullosos bordeaban el arroyo, hoy ya no se mueven por la intensidad del viento. Sus despojos, solo son agitados levemente por el agua que impiadosa, los va desgarrando poco a poco. Sin embargo se resisten y aún hoy, les brindan protección a miles de aves que nidifican en sus entrañas. Quizás amigo eso es lo que ví por el 98 cuando te pedí conocer la isla y hacia allí fuimos un grupo de amigos, Don Luís Rey que por entonces era el Ministro de Ecología y que juntos declararon a la Isla Palacio “Monumento Natural Provincial”, ese día también estaban Segismundo Welcz aquel duro guardaparque pero de noble corazón, que luchó tanto para evitar que la caza furtiva terminara con los tapires que llegaban a la isla y que gracias a él, aún hoy continúan haciéndolo. Daphne Colcombet que también nos acompañaba estaba entusiasmadísima y muy emocionaba, ya que nunca había estado en la isla. Tus historias del lugar me cautivaron y si bien había cambiado el paisaje totalmente, noté, que la fauna continuaba usando la isla, sus costas y las costas vecinas. Ello me motivó tanto, que comencé a frecuentarla con la autorización del ministerio, realizamos con Silvia relevamientos y llevamos adelante proyectos exitosos, inéditos, que vos mismo pudiste comprobar. Hoy me encuentro aquí, anclado con mi “campamento flotante” en medio de una bruma matinal, que preanuncia un día espléndido. Hace un rato y mientras amanecía, un grupo de 14 carpinchos cruzó desde la costa vecina frente a la isla y pasaron mansamente a unos 10 metros del barco y saliendo de a uno en ordenada fila, se fueron introduciendo en el monte para desaparecer rápidamente. Desayuné mientras tu voz, parrafeando “Baqueano del Uruguay” me traslada una vez más en el tiempo, a épocas que ya no volverán y mientras mi imaginación volaba hacia aquellos parajes inolvidables, cuatro aningas que con su estirado cuello, vuelan a media altura. Al encontrarse con la embarcación imprevistamente, cambiaron de rumbo, hasta perderse entre la bruma que parece cerrarse cada vez más. El aspecto ahora es fantasmagórico, ya que emergen desde las aguas, miles de brazos que otrora, fueron los gigantes

vencidos no por las motosierras, sino por la inundación permanente. Pasan y pasan los m'biguá, perdí la cuenta de cuantos ya que superan holgadamente los 800 ejemplares y aún siguen pasando, lo hacen tan cerca, que creo hasta poder tomar alguno en vuelo si me lo propusiese. La bruma no levanta y es tiempo de comenzar el día. Tenemos que ir a revisar las cámaras trampas automáticas para ver si logramos fotos de los dos tigres que suelen dejar sus huellas estampadas en las costas barrosas de la isla. Te cuento que hemos detectado un macho bastante grande frente a la isla y una hembra que cazó un yacaré en la zona donde existió el Barrero Palacio. Me hubiera gustado que estés aquí para ver semejante exposición natural. Pudimos detectar el lugar donde ocurrió este hecho, ya que más de 30 jotes negros y un jote real, estaban terminando con lo poco que había dejado nuestro tigre criollo, el festín que los jotes se estaban dando pronto se acabaría, ya que más de la mitad de ellos descansaban en los árboles secos que terminó matando la última inundación, que llegó en pocos meses repetir la cota máxima. Tengo mucho para contarte y hasta creo que en alguna medida te pondrías contento ya que la fauna todavía se desplaza por toda la región, los tapires se pueden ver de día, sorprendidos en algunos arroyos que desembocan en lo que queda del viejo urugua-í, muchas aves acuáticas podemos fotografiar y filmar, sin mostrarse intimidadas, los lobito de río que aunque no abundan, podemos observarlos tímidos aunque sumamente ágiles, asomando su cabeza fuera del agua, tantas veces como su curiosidad se lo exige. Me recuerda a lo que me contabas sobre los gargantilla, con un comportamiento similar.

También vimos a una pareja de águilas negra con sus pichones, que año tras año nidifican en el centro de la isla y que ahora vagan por toda la zona aunque los pichones están bastante independientes y hemos visto a uno de ellos cazar un pequeño yacaré que se distrajo, mientras tomaba baños de sol en la playa barrosa. Uyy... muchas novedades desde que partiste, algunas buenas, otras no tanto y algunas mejor ni hablar, pero sabés qué? Te acordás cuando yo te decía allá por los 90, que estaba todo perdido y que no valía la pena seguir peleando, recuerdo que vos te enojabas mucho y me hacías recapacitar. Bueno amigo, fui aplicando tus consejos y hoy me encuentro aquí para cuidar, mejorar y que el tiempo no borre aquellas vivencias que fueron la base fundamental, para crear nuevas áreas protegidas como el Parque Provincial Urugua-í, y por el cual

tanto tuviste que ver. Fue creado en compensación por el daño ambiental a toda esta invalorable cuenca, que desapareció y no pudo conocerse en profundidad. Sí amigo, todavía hay fauna por la que pelear, selva para cuidar, nuevas áreas para proteger y me encuentro aquí por tus consejos, porque nuestro valioso patrimonio natural exige nuestra ayuda, porque me acerca a vos y hacer algo que a vos te hubiera llenado de satisfacción me llena de orgullo, el saber que tantas horas invertidas en aquellas inolvidables y extensas charlas, han calado profundo en mí y en cada acto de mi vida hoy, van esas enseñanzas y consejos, que llevo grabado a fuego, dentro de mi corazón.

Hasta pronto amigo mío, te iré poniendo al tanto de todo y cuando nos encontremos nuevamente, quisiera seguir escuchándote por horas, como lo hago en este momento, con “Misionero Soy” y “Solcito Misionero” que demuestra en cuerpo y alma el amor por esta bendita provincia y la entrega que le brindaste.

Un gran abrazo desde esta querida selva.

Jorge Anfuso